

Entrada desde la Perspectiva de la Fe

“Y era muy bueno” (Gn 1, 31).

Hoy, en un mundo donde miles de vidas son arrasadas por desastres naturales, donde millones de personas viven en situaciones de guerra, donde miles de millones nacen, viven y mueren sumidos en estados indignantes de pobreza, es muy probable que nos preguntemos qué estaba viendo Dios cuando al completar la creación, dijo que todo era muy bueno.

La respuesta es sencilla, simple, Dios miraba la creación y a nosotros, los seres humanos, creados a su imagen y semejanza, coronándola con la directiva de “llenen la tierra y sométanla (Gn 1, 28)”. Al ser imagen de Dios, somos seres libres capaces de amar y en el uso de estos dones preciosos con que Dios nos creó, somos co-creadores del universo. Teilhard de Chardin decía que la aparición del hombre había significado el inicio del proceso de hominización del universo, pues los seres humanos somos los que le damos significado a lo que existe.

A lo largo de nuestras vidas, los seres humanos, tú, yo, nosotros, vamos descubriendo que el libre albedrío nos pone ante una alternativa crucial: la que no consiste en elegir, en un mismo plano, el bien o el mal.

La verdadera alternativa que enfrentamos en nuestras decisiones consiste en dejar pasar o no, la oportunidad de una síntesis más rica de creatividad, desprendimiento y amor, lo que vendría a ser una síntesis más humanizadora. En otros términos, la verdadera alternativa consiste en ser más libres con nuestras acciones y por tanto, colaboradores del amor; o bien, no serlo.

El mal nunca es elegido como tal; la persona nunca elige lo que ve como malo, sino que lo elige como bien, viendo de manera equivocada.

Elegir “lo malo”, en realidad consiste en dejar escapar síntesis difíciles, de mayor compromiso, o como diría San Ignacio, “oblación (entrega) de mayor estima y momento”, para seguir caminos acostumbrados de energía pobre, simplista, moral o mentalmente “baratas”, o sea, en volver atrás en el camino de humanización del universo. O lo que es lo mismo, en rechazar o deformar las posibilidades de síntesis más ricas de amor, de un amor que respeta a cada centro como es.



Elegir “lo malo”, en realidad consiste en dejar escapar síntesis difíciles, de mayor compromiso, o como diría San Ignacio, “oblación (entrega) de mayor estima y momento”, para seguir caminos acostumbrados de energía pobre, simplista, moral o mentalmente “baratas”, o sea, en volver atrás en el camino de humanización del universo. O lo que es lo mismo, en rechazar o deformar las posibilidades de síntesis más ricas de amor, de un amor que respeta a cada centro como es.

El amor, la fuerza divina y humanizadora en el hombre, siempre exige resolver una tensión entre lo conocido y nuevos espacios de creación. Entre caricaturas del amor (caminos conocidos) o un amor creativo y entregado al un bien siempre mayor.

Las guerras que cobran vidas, la pobreza que deshumaniza, los abusos de unos sobre otros, el consumo desmedido que cosifica a las personas, las respuestas violentas ante lo que nos desagrada, el apego a nuestras comodidades..., no son más que el resultado de elecciones que, dejando de lado síntesis ricas en amor y humanidad, optaron por la propia comodidad, cediendo a miedos profundos que dificultan ver la mano de Dios en la creación.

Es nuestra falta de fe y confianza en el Dios que nos habita, la que nos lleva a tomar caminos acostumbrados, pobres en amor y creatividad con los que colaboramos, con o sin consciencia de ellos, con “el mal” que no creemos y no queremos elegir.

Cada vez que juzgamos las conductas de otros desde una mirada con poco amor, centrados en nosotros mismos, sin prestar debida atención a nuestra responsabilidad como co-creadores con Dios, sin quererlo, estamos cerrando nuestras elecciones de mayor creatividad y amor. De nuestras elecciones cotidianas depende que en el universo haya más o menos amor, todos y cada uno somos artífices del mundo en que vivimos.

Dios es presente, por lo que podemos hoy, ahora, afirmar sin temor a equivocarnos, que lo creado es muy bueno (Gn 1, 31), porque es manifestación de Él. De nuestras elecciones depende que Dios se manifieste o no en lo concreto, en lo cotidiano, a través de la vida creada.

